

Historias perdidas: El eunuco

Querido Filón:

Espero que esta carta te encuentre bien y saludable.

Mi viaje a Jerusalén hasta ahora ha transcurrido sin incidentes,
aunque siempre disfruto viendo lugares nuevos.

La ciudad de Jerusalén en sí es bastante pequeña,
tal vez igual al barrio judío de Alejandría,
donde entre tu gente he vivido estos once años
y en la que en muchos sentidos me siento más como en casa
que en Meroe, donde nací.

Por esto, mi querido Filón, te mereces mucho crédito.

Me dio la bienvenida a comer en su mesa
cuando otros judíos no lo harían.

Bajo su hospitalidad y enseñanza,
he aprendido mucho sobre el arte y la belleza de la filosofía,
sobre la lectura e interpretación de textos antiguos,
y por supuesto, sobre el poder y la maravilla del único Dios verdadero.

Durante mucho tiempo he deseado una verdadera conversión,
convertirme en judío a los ojos de Dios
y participar de la promesa y la herencia de tu pueblo.

Y aunque no lo creas necesario,
siento profundamente en mi corazón que debo ver el templo,
que debo bañarme en las aguas de la mikve
y ascender a donde nuestro Dios vive y reina en poder,
para hacer el sacrificio a Dios que completa el ritual de conversión.

Un baño y un sacrificio en Alejandría, dijiste,

era suficiente para que me consideraras judío.

Pero cómo sabes, mi nacimiento en el extranjero y mi anatomía irregular pesan mucho en mi mente cuando se trata del respeto de los demás.

Para mí es importante que mi conversión

sea de una pureza tan impecable

que nadie pueda cuestionar que Dios honre mi sincero compromiso.

Como me has enseñado, Dios desea un espíritu humilde

y una mente animada a aprender las Escrituras y las Leyes de Dios.

¿No he estado más animado a aprender,

más hambriento de la ley de Dios que cualquier judío en Alejandría?

¿No he guardado fielmente las leyes de pureza judía durante 5 años,

a pesar de ser gentil y eunuco?

En cualquier caso, mi querido Filón, mi llegada a Jerusalén me da motivos para escribirte en agradecimiento por todo lo que has hecho por mí, sin lo cual nunca podría haber venido a la Ciudad de David.

Tu amada amiga y compañera,

Abara

Querida Filón:

Te escribo con alegría desde la casa de tu pariente Anaías en Jerusalén.

Estos últimos meses en Jerusalén me han dado

la oportunidad de estudiar Torá con algunos

de los principales eruditos del judaísmo.

He hecho muchos amigos entre los fariseos,

cuya devoción por la ley supera a la de todos los que he conocido.

Diariamente se asombran de la rapidez de mi aprendizaje,

y del entusiasmo y celo que demuestro por la ley.

Me llaman Cabra Desmayada

Porque la primera vez que vi el Templo desde el Atrio de los Gentiles,
estaba tan ansioso por agradar a Dios que ayuné durante 5 días
antes del día en que debía ir allí.

Cuando vi la belleza del templo,
y me di cuenta de que estaba viendo la morada del único Dios verdadero,
me derrumbé y me desmayé como un cabrito asustado por un chacal.

Hay tres jóvenes eruditos a los que pediré que
sean testigos de mi conversión.

Shammai, Gamaliel y Saul.

Estos tres han sido mis compañeros de estudio
y de muchas conversaciones filosóficas,
como las que solía tener contigo, querido Filón.

Estos hombres darán testimonio de mi estudio de la ley,
serán testigos de mi inmersión en la mikve,
y estarán conmigo en el templo cuando ofrezca sacrificio,
completando una conversión verdadera y pura a los ojos de Dios.

Normalmente, la circuncisión también sería parte del ritual,
pero como sabes, ¡ya estoy más circuncidado que cualquier judío!
En cualquier caso, he leído que una gota de sangre de la misma zona
puede sustituir a la circuncisión.

Puede que no me parezca a la mayoría de los hombres,
pero puedo sangrar tan bien como cualquiera.

El tema de que yo sea un eunuco aún no ha surgido.

¿Por qué lo haría?

No creo que compartir las particularidades de las partes ocultas de uno
se espere de ningún otro converso potencial.

Los otros eruditos y fariseos han comentado muchas veces
de mi celo por la ley y mi dedicación a Dios.

Tanto tú como ellos me has asegurado
que lo que Dios desea en los conversos
es un corazón sincero y las ganas de seguir los caminos de Dios.
Estos los tengo en su totalidad, gracias a tu enseñanza y a mi propia fe.

La próxima vez que te escribo,
será como judío, a los ojos de Dios y de los hombres.
¡Grande es el Señor y digno de ser alabado!
Con la más profunda gratitud y el sentimiento más cálido,
Abara

Querido Filón:

No hay palabras para transmitir la tristeza en mi corazón,
mientras te escribo esta carta.

Mi desesperación sólo se ve disminuida al saber
que volveré a ser recibido por ti en Alejandría,
mucho antes de lo que pensaba.

Estoy empacando mis pertenencias para salir de Jerusalén.

No puedo soportar ver la gloria del Monte del Templo,
sabiendo que para siempre estaré separado de su santo santuario.
Viajaré en carruaje hasta el mar y luego encontraré un pasaje en un barco.

Espero llegar a Alejandría dentro de 3 meses.

Volveré como me fui, un gentil, un eunuco,
aunque con un corazón mucho más apesadumbrado.
Es casi demasiado doloroso escribir lo que me ha sucedido
aquí en Jerusalén en los últimos días.

Mi humillación e ira están tan frescas en mi mente,
que apenas puedo soportar hablar de ellas, ni siquiera por escrito.

Sin embargo, espero que esta carta les llegue antes que yo.
Y tal vez me ahorre la tarea de contar este cuento en voz alta.

Mi querido Filón:

En mi última carta te dije que era un eunuco desconocido en Jerusalén.

Estaba seguro de que no podía ser un problema.

He estudiado la Ley, y aunque parece haber
un versículo en particular en Deuteronomio que podría ser un problema,
seguramente eso es superado por los muchos versículos
que hablan de la importancia de amar la Ley y estudiar las Escrituras,
y de mostrar bondad, misericordia y generosidad,
todo lo cual he hecho con entusiasmo
durante todo mi tiempo en Jerusalén.

De hecho, mi querido Filón,
parece que para algunos aquí en Jerusalén,
nada de eso importa.

Nada de mi celo por el Señor o mi carácter importa.
Para ellos, lo único que importa es que no soy normal a sus ojos.

Para ellos no soy un verdadero hombre.

Pero, ¿qué hace a un hombre, mi querido Filón?

¿No es así como se presenta al mundo?

¿No es así como trata a los que le rodean?

¿No es suficiente vivir como hombre,
sentirse hombre, caminar como hombre?

¿Uno también debe verse como un hombre debajo de su túnica?

Todo sucedió en la mikve.

Sabía que cuando me tendría que quitar la ropa para entrar al agua,
sabía que mis testigos verían mi cuerpo claramente.

No imaginé que sería el final de mi camino hacia la conversión.

Gamaliel y Saul no dijeron nada.

Pero Shammai bajó corriendo los escalones y me agarró por los hombros.

No entres en la mikve, gritó Shammai.

Has venido a purificarte como hombre, pero no eres ningún hombre.

Soy tan hombre como tú, respondí.

En todos los aspectos que importan, soy un hombre, eso es lo que soy.

¿Crees que elegí convertirme en eunuco?

¿En qué parte de las Escrituras

se condena a un hombre por el pecado de otro?

¿Cómo puede Dios rechazarme por lo que no elegí?

Shammai me envolvió con la ropa y me hizo salir.

Gamaliel y Saul no dijeron nada.

Mientras me vestía en un espacio privado,

Shammai cambió su tono.

Abara, Cabrito desmayado,

si hubieras venido a nosotros para convertirme como mujer ...

Mi querida Filón, podría haberlo empujado por las escaleras abajo.

Este hombre que me conocía como hombre,

me dio la bienvenida como hombre,

estudió Torá conmigo como hombre,

ahora estaba sugiriendo que podía hacer votos y sacrificios

ante Dios como mentiroso.

¡Preferiría que Dios me derribara donde estoy sentado antes

que convertirme en algo que no soy!

¿Debería ser forzado a vivir una mentira ante Dios
solo para entrar en la asamblea de Dios?

¿Debería negar la verdad de quién soy, de quién sabe Dios que soy,
solo para que personas como Shammai se sientan más cómodas?

Nunca, mi querido Filón.

Luego vinieron Gamaliel y Saúl a mi casa.

Dijeron que lamentaban mucho lo sucedido,
pero no sabían qué hacer.

Defiéndeme, dije.

Se miraron el uno al otro y no pudieron mirarme a los ojos.

Podemos llevarlo al Sumo Sacerdote, dijo Gamaliel.

Lo conozco bien, todavía puede anular a Shammai.

Pero yo sabía que había terminado.

Sabía que Shammai nunca me aceptaría
y que otros seguirían su ejemplo.

Una conversión sospechosa o incompleta
fue exactamente lo que vine a Jerusalén para evitar.

¿Y cómo podría volver al templo?

¿Cómo podría volver a esa mikve,

donde Dios me permitió ser humillado,

aplastado, un objeto de repugnancia

para pasar de un creyente valioso a un paria instantáneamente?

Si no hubiera buscado la conversión,

si simplemente hubiera estudiado Torá sin revelar mi secreto,

Shammai nunca se habría vuelto en mi contra.

¿Cómo podría quedarme en Jerusalén,

sabiendo que la única forma

en que podría haberme quedado entre mis amigos
sería vivir una mentira, guardar un secreto?

No, mi querido Filón, mi tiempo aquí ha terminado.

Volveré a Alejandría, quizás a Meroe.

Volveré a donde soy valorado por mis habilidades y logros,
y especialmente por lo que está en mi corazón,
no por lo que está entre mis piernas.

La gracia y las bendiciones de Dios sean contigo y tu familia, Filón.

Que nos veamos pronto.

Tu amigo lloroso,

Abara

Querida Filón:

Es posible que hayas notado que muchos meses
han pasado desde mi última carta,
pero aun no he regresado.

Ha sucedido algo increíble,
y como resultado me quedo en Judea por un tiempo.

Recordarás que había decidido dejar Jerusalén,
después de los acontecimientos que no necesitan repetirse.

Desesperado, me retiré al estudio de la Escritura,
que siempre me había consolado antes.

En mi carruaje, tenía el precioso pergamino
que me diste para que lo llevara conmigo en mi viaje.

Estaba leyendo en voz alta tu pergamino de Isaías,
cuando este judío sucio, polvoriento
y de apariencia verdaderamente ignorante

llamó a mi conductor y subió a bordo.

Sé que en los caminos del desierto es costumbre que los viajeros a pie sean llevados a bordo de vehículos tirados por caballos.

Pero pensé que el judío iba a sentarse con el conductor,
o colgarse de un costado o algo así.

Pero este judío fue audaz y saltó a mi lado
y comenzó a mirar por encima de mi hombro.

Me preguntó:

¿Entiendes lo que estás leyendo?

Me tapé la boca para ocultar mi risa.

Yo, que he estudiado las Escrituras con los mejores eruditos,
en particular el libro de Isaías,
tanto en arameo como en griego,
¿entiendo lo que estoy leyendo?

Su audacia me intrigó, así que lo complací. Respondí:

¿Cómo puedo, a menos que alguien me guíe?

Disimulé mi sarcasmo con intensa sinceridad,
esperando que él no se diera cuenta.

¿Qué pasaje estás leyendo?, preguntó el hombre.

Le mentí, querido Filón.

No le dije que estaba leyendo el mismo pasaje
que había estado leyendo una y otra vez desde Jerusalén.

¿Recuerda haberme mostrado este pasaje
cuando comencé a estudiar las Escrituras?

No dejes que el extranjero que se ha unido al Señor diga:

Ciertamente el Señor me separará de su pueblo,
y que el eunuco no diga:

Soy sólo un árbol seco.
Porque así dice el Señor
a los eunucos que guardan mis sábados,
que escogen lo que me agrada
y mantienen mi pacto:
Yo daré, en mi casa y dentro de mis muros,
monumento y nombre
mejor que hijos e hijas;
Les daré un nombre eterno
que no será borrado.
Y a los extranjeros que se unen al Señor
para ministrarle, amar el nombre del Señor
y ser sus siervos,
todos los que guardan el día de reposo y no lo profanan
y se aferran a mi pacto.
Los traeré a mi santo monte
y los alegraré en mi casa de oración;
Sus holocaustos y sus sacrificios
serán aceptados en mi altar;
Porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.
Incluso ahora, mientras copio estas palabras,
las lágrimas caen de mis ojos.
Por supuesto que no estaba preparado para discutir
estas preciosas palabras con un polvoriento viajero de Judea.
Entonces decidí ponerlo a prueba.
Veamos, pensé, qué nivel de conocimientos tiene este hombre.
Así que, en cambio, le leí algunos versículos

de unos pocos capítulos antes,
algunos versículos que aún eran visibles
en el rollo mientras lo estaba leyendo.
Le leí lo siguiente, del cántico del siervo de Isaías:

Como oveja fue llevado al matadero,
y como cordero silencioso ante su trasquilador,
para que no abra la boca.

En su humillación se le negó la justicia.
¿Quién puede describir su generación?
Porque su vida es quitada de la tierra.

Mi querido Filón,

Mi voz se quebró un poco mientras leía estos versículos.
¿No fui yo uno a quien se le negó la justicia en mi humillación?

Sentí que me quitaron la vida de la tierra.

Pero me guardé mi reacción y presioné al hombre
con mi prueba de su conocimiento de las Escrituras.

¿De quién, puedo preguntarle, habla el profeta,
de sí mismo o de otra persona?

Debo admitir que su respuesta me sorprendió.

Este hombre, cuyo nombre era Felipe,
argumentó que este versículo se refería a Jesús de Nazaret.
Puede que no lo haya mencionado en mis cartas anteriores,
pero Jesús de Nazaret causó un gran revuelo en Jerusalén
en los últimos meses.

Absorto en mis estudios, y luego en mi humillación,
supongo que dejé pasar el fenómeno de Jesús de Nazaret.
Pero durante ese tiempo, este Jesús atacó a los cambistas del templo,

y llevó a su gran multitud de seguidores al patio del templo,
donde comenzó a enseñar cosas que sorprendieron
tanto a los sacerdotes como a los fariseos.

Para ser honesto, todavía no sé todo lo que enseñó.

Phillip trató de explicarme las enseñanzas de Jesús,
pero habló demasiado rápido y con un fuerte acento galileo.

Y parecía que gran parte de su información era de segunda mano.

Pero el núcleo de su mensaje
era que Jesús era el Mesías prometido por los judíos,
y que tres días después de ser crucificado, resucitó
y se apareció a mucha gente.

Por supuesto que he estudiado las Escrituras que predicen al Mesías.

Y ciertamente tenía mis dudas sobre este personaje de Jesús.

Pero después de mi experiencia en Jerusalén,
estaba desesperado por saber solo una cosa.

¿Fue esta creencia en Jesús como el Mesías,
una manera de ser aceptado como siervo de Dios, de
compartir la herencia del pueblo escogido de Dios?

Según Phillip, la respuesta fue sí.

Así que, sin querer perder el tiempo, esperé hasta que pasamos un pozo
que podría pasar como una mikve en caso de apuro.

Phillip oró por mí y me preguntó si yo creía en Dios
y que Jesús era el Mesías de Dios.

Dije que sí y me quité la túnica.

Vi que los ojos de Phillip se movían hacia abajo.

Lo vi ver lo que no estaba allí.

Entonces lo vi extender su mano

y darme la bienvenida al agua.
Y me bautizó en el nombre de Jesús.
Ahora, mi querido Filón,
no sé si este hombre Phillip estaba preparado para bautizar a un eunuco.
En verdad, después de mi bautismo,
se unió a una caravana diferente y siguió su camino.
Pero, sinceramente, mi querido Philo,
no me importa si se sentía incómodo.
Porque en el momento de su intimidación,
extendió su mano para incluirme, para darme la bienvenida.
Mis amigos en Jerusalén o me rechazaron o guardaron silencio.
Pero Phillip me extendió la mano.
Todavía no sé mucho sobre Jesús de Nazaret.
Pero si sus seguidores están dispuestos a aceptarme como soy,
si Dios está dispuesto a aceptarme a través de Jesús,
entonces elijo a Jesús.
Si hay personas, mi querido Filón,
que me valoran por mi amor a Dios y mi carácter,
más de lo que se preocupan por mi anatomía,
que reconocen que la palabra de Dios promueve la aceptación
más que promueve la exclusión,
quienes se enfocan en construir un futuro,
Más que hacer un ídolo de la tradición o de generaciones pasadas.
Si estas personas existen, querido Filón, debo unirme a ellas.
No estoy seguro de cuándo regresaré a Alejandría,
pero no tengo más remedio que buscar a estos seguidores de Jesús.
¡Alégrate por mí, mi querido Filón!

He encontrado un lugar donde puedo servir a Dios y ser yo mismo.

¿Hay algún propósito más elevado que un hombre pueda buscar?

Estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo
y enviará sus bendiciones.

Esté bien, mi querido Filón, y no me olvides.

Puede llegar el día en que esté predicando a Jesús de Nazaret
en las calles de Alejandría, o incluso en Meroe.

Nada confirma la verdad del amor de Dios
como la aceptación de una comunidad.

Gracias por aceptarme siempre.

Tu siervo, siempre,

Abara.